



CARIDAD

Anocheecía; el campo parecía impregnado de tristeza, y la vastísima llanura realzada á lo lejos por la doble cadena de los azules cerros, sumiase lentamente en la calma de la tarde. El sol ocultábase, despidiendo sus postreros rayos que iluminaban el firmamento, matizando las nubecillas con diversas tintas... y la blanca casita de la Hacienda, rodeada por alegre jardín, resaltaba sobre la cumbre de una colina, á la que ascendía serpenteando la vereda....

A un cuarto de legua encontrábase las chozas de los trabajadores, sin orden ni concierto, distribuídas aquí y allá en grupos de tres ó cuatro, aisladas unas, apiñadas en el centro diez ó doce confundiendo por la cercanía de las pajas de los techos... Hacia aquella aldea formada por labradores, hombres religiosos y honrados, encanecidos algunos en las rudas tareas, llegaba cada tarde, á la puesta del sol, á visitar á «sus gentes» como les llamaba cariñosamente, el ángel de la Hacienda, la dueña de la casa, hija del rico y honrado matrimonio, que conservaba desde largo tiempo en su poder aquellas tierras... La acompañaba su único hermanito, Jorge, que unía al candor y sencillez de la primera infancia, la graciosa travesura, que tan bien reflejaban sus negros ojos animados por el inocente deseo de divertirse á toda costa, propio sin duda de sus seis abriles.

Aquella tarde, habían reñido con harta formalidad. El chicuelo se disgustó profundamente, por que su hermana Ester no le había permitido alejarse lo bastante de su lado, para perseguir una mariposa que le había deslumbrado con sus alitas azuladas.

Pero al fin, viendo que no producían otro efecto sus reproches, que hacer asomar la sonrisa á los labios de Ester, sin que por esto variase la inflexibilidad del mandato, revestido del prestigio de autoridad proporcionado por los 17 años de su hermana, Jorge no tuvo más remedio que reír de mala gana, cuando ella para consolarlo le prometió jugar aquella noche en casa, haciéndole una suerte primorosa.

Al entrar en el caserío, en la «ciudad de la cuadrilla,» Ester sintió oprimírsele el corazón... Por una angosta callejuela, limitada por cinco ó seis cabañas de cada lado, medio inclinadas unas sobre otras, como prestándose apoyo para no caer, venía una niña de siete á ocho años, llorando desconsoladamente... Su carita encubierta á medias por el remendado rebozo, revelaba una tristeza profunda... No era aquel llanto, producido por pesares infantiles, no era la expansión ruidosa motivada por una causa insignificante; por haber perdido los escasos centavos, destinados á la compra de maíz en los almacenes de la Hacienda, no; aquellas lágrimas que escurrían silenciosas, humedeciendo los flecos del rebozo, eran la expresión de una tristeza grande... de una de esas tristezas profundas de los niños, que aparecen en ocasiones solemnes en ellos, y que indican la bondad de sus sentimientos y la nobleza de sus almas....